

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

HOMENAJE

A

AMOR RUIBAL

EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU MUERTE

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

COMPOSTELA

1955



500

Xy. 2112

PB - 2184

CB 10305569

Tptu 580384



UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

HOMENAJE

A

AMOR RUIBAL

EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU MUERTE



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
COMPOSTELA  
1955



Hace ya varios años que la Universidad de Santiago se dedica al estudio de la figura y obra del insigne filósofo Angel Amor Ruibal.

En 1953 organizó un ciclo de conferencias, inauguradas por el M. I. Sr. D. Manuel Ferro Couselo, que disertó sobre "Fundamentos de la Filosofía de Amor Ruibal. Confrontación con Ortega, Heidegger y el Pensamiento clásico".

Ocuparon después la tribuna el Ilmo. Sr. D. Paulino Pedret Casado, quien, el 24 de marzo de 1954, habló de "Amor Ruibal canonista"; el Dr. D. Elías Martínez Ruiz, que lo hizo el 31 de marzo de 1954 sobre "El cristianismo y la tradición filosófica"; y el Ilmo. Sr. D. Abelardo Moralejo Laso, cuyo tema "Ideas filológico-lingüistas de Amor Ruibal" expuso el 7 de abril de 1954.

Coincidiendo con el XXV aniversario de la muerte de Amor Ruibal, en fin, se celebró un magno acto en el Paraninfo de la Universidad, al que asistieron las autoridades, el claustro de doctores con traje académico, y numerosísimo público, que desbordó la sala ocupando los pasillos adyacentes.

La UNIVERSIDAD COMPOSTELANA se honra hoy con la publicación de los discursos entonces pronunciados.



# LA FIGURA DE AMOR RUIBAL

POR

MANUEL FERRO COUSELO

CATEDRÁTICO DEL SEMINARIO CONCILIAR

1251. [Illegible]

[Illegible]

[Illegible]

Magco. y Exemo. Sr. Rector de la Universidad, M. I. Sr. Rector del Seminario, Ilmas. Autoridades, Ilustres Claustros Profesorales, señoras y señores:

Otoño de 1930. Fin de un año, fin de la tercera década del siglo, e inminente fin de un sistema político y social.

El pensamiento español se halla escindido. Rotura total con el pasado, como si la historia procediese por saltos discontinuos; adhesión, sin reservas, a un pasado inalterable, como si la historia no fuese evolución. Tales son las dos actitudes que hace años dividen a la mayoría de los españoles, y que están a punto a desembarcar en tragedia. Falto, unos y otros, de pensamiento propio —pues viven, o perezosamente de lo pasado, o alegre y puerilmente de la última novedad importada— no se han detenido a pensar que la historia humana es algo vital; y que lo humano y vital, por ser finito y perfectible, es cambio y es permanencia. Donde hay descomposición total o fosilización no hay perfeccionamiento, ni hay vida.

Esa doble actitud se manifiesta en lo político, en lo social, en lo intelectual, en todas las actividades culturales: pues es proyección de una actitud vital.

## I. S U P E R S O N A L I D A D

En ninguna de esas dos actitudes se ha dejado aprisionar un sabio provinciano, que por aquellas fechas —4 de noviembre— baja a la tumba en un rincón de la Península.

Amor Ruibal ni rechaza lo pasado, por pasado, ni acepta o rechaza lo nuevo, por nuevo. Antiguo y moderno, todo lo somete a revisión; y en diálogo con los principales genios de la humanidad, después de hacer notar los aciertos, pero también las insuficiencias y desaciertos de las lucubraciones de aquéllos, no tiene reparo en presentar su propio parecer.

Porque Amor Ruibal —de esto se han percatado muy pocos— es el único español de todos los tiempos que presenta un sistema filosófico propio.

Aportaciones personales de gran trascendencia se encuentran, entre otros, en Suárez; tampoco se las negamos a alguno de los contemporáneos; pero un pensamiento propio, organizado, sistemático, que desde los últimos fundamentos se proyecte sobre las distintas ramas del saber..., en España sólo se ha dado en Amor Ruibal.

Pero precisamente por eso, porque Amor Ruibal tiene pensamiento propio, porque no participa de la mentalidad de ninguna de las dos partes contendientes, la incomprensión, el vacío, tenían que ser el primer obstáculo a la difusión de su obra.

Para unos, es un innovador —temerario y peligroso— allí donde no hay nada que innovar, porque —para ellos— todo es perfecto: porque filosofar es sólo desarrollar, desenvolver lo dado. Para otros, “debe de ser” (lo suponen, pues no se han tomado la molestia de leerlo) un teólogo filosofante, acaso disidente, pero siempre dentro de la línea de esos teólogos que ellos consideran trasno-

chados, dignos de otras épocas, por fortuna ya superadas. Algunos defectos de método, y acaso también de técnica, nacidos de su formación autodidáctica, defectos que en trabajos de otra índole pudieran revestir cierta importancia, pero insignificantes dentro de la finalidad de su obra, acaso hayan también contribuído a desacreditar su labor entre espíritus superficiales que toman por tierra un bloque de oro, sólo porque su órgano visual se lo presenta manchado de ésta. Su penetración no tiene más alcance que sus sentidos corporales.

Hablamos principalmente del Amor Ruibal filósofo, porque eso fué principalmente Amor, a pesar de ser un destacado valor en múltiples facetas de la cultura. Como filólogo, como teólogo, como canonista, dejó también obras notables. De algunas de ellas, *Derecho Penal de la Iglesia Católica*, se ha dicho que no existía otra superior.

La primera muestra de su asombrosa capacidad la dió —aun seminarista— obteniendo el segundo premio en un concurso abierto por la Altorientalische Gessellschaft, de Berlín, de la que más tarde había de ser nombrado miembro. El trabajo versaba sobre siríaco-aramaico, lenguas que Amor Ruibal no había cursado.

Su labor teológica está inédita, en su mayor parte. Destaca la obra solicitada por Roma sobre la Mediación Universal de la Virgen. *Los problemas fundamentales de la filología comparada* es su primera obra de altos vuelos.

Pero aún en estas mismas obras no filosóficas, trasluce siempre el filósofo. En algunas (*Problemas fundamentales*), lo delata ya el título. Todas estas disciplinas eran auxiliares para su obra filosófica; la Teología, como norma negativa para no desviarse; la Lingüística había de servirle para dialogar con los distintos fi-

lósofos en sus propias lenguas. Produce verdadero asombro el número de idiomas a que hace referencia en su obra filosófica.

Porque era principalmente filósofo, su obra cumbre es también la filosófica. *Los problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma*, su obra filosófica clásica, comenzó a publicarse en 1914. Tenía entonces 45 años —había nacido el 11 de marzo de 1869. Su gran robustez física no hacía presentir que le quedasen sólo 16 años de vida; 16 años de los que había de verse obligado, todavía, a sustraer una buena parte para atender a otras actividades científicas y cargos de gobierno.

*Los problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma*. El título de la obra no puede ser más ambicioso. ¿Quién es el que la emprende? El expediente académico no es del todo convincente. Nacido en Barro, provincia de Pontevedra, ingresa en el Seminario diocesano a los diez años. Un suspenso en junio, que es secundado en septiembre, le hacen repetir curso. En los dos cursos siguientes, el notable es la calificación general. Luego, —salvo tres o cuatro notables— en todas las asignaturas obtiene sobresaliente. Sacerdote ya, cursa un año en Roma. Vuelto a Santiago, su historia no ofrece nada de particular sobre la de otros muchos: profesor del Seminario (entonces Universidad Pontificia), canónigo tras unas oposiciones; más tarde, nuevas oposiciones para cambiar su canonjía simple por la Doctoralía, y el cargo de Provisor de la Diócesis, que ocupaba cuando le sorprendió la muerte, el 4 de noviembre de 1930, a los 61 años.

Esta es sólo la historia externa y oficial, la registrada en los archivos. Pero hay otra, no registrada en los libros oficiales, que es la que movió a los muchos suscriptores de la obra, con los que hubo de contar Amor ya para la publicación del primer tomo. El premio citado, de su época de seminarista, los vuelos de su obra

filológica, etc., etc..., eran índice más que suficiente de que su cerebro encerraba algo que se llama genio. Para nadie era un secreto su comunicación permanente con los centros culturales y bibliotecas alemanas, de donde venían, y adonde volvían, continuamente, libros en gran número. Aunque adquirió una gran cantidad —ahí está la biblioteca que legó al Seminario, para probarlo— su capacidad de asimilación superaba con mucho su capacidad económica.

De *Los problemas fundamentales* publicó sólo seis tomos, y dejó inédito para otros seis. Cuatro se han editado, y están en vías de publicación los dos restantes. Los seis primeros, los publicados por el autor, hace ya bastantes años que no aparecen en las librerías. Las numerosas peticiones, de España y de distintos países extranjeros, es de desear que puedan ser pronto satisfechas; pero no se ve aún muy inmediata la posibilidad de preparar una reedición cual corresponde a la categoría de la obra.

Lo mismo que Kierkegaard, que Brentano, que todos los genios que tienen que vencer el medio ambiente, Amor Ruibal comienza a triunfar —aunque muy lentamente— después de muerto. Para las ideas, no hay diques. Su desaparición no fué lamentada en artículos periodísticos —si bien no estuvieron del todo ausentes— o veladas necrológicas. Pero este acto que celebramos hoy —que es la coronación del cursillo organizado por esta misma Universidad, para la exposición de los diferentes matices del pensamiento amorruibalista— es un indicio de que las ideas del gran pensador y polígrafo no se han secado; de que comienzan a germinar, y de que —yo siempre estuve convencido— llegarán a espléndida floración, cual corresponde a la calidad de la semilla.

El pensamiento filológico de Amor fué expuesto por el Dr. Moralejo Laso; el jurídico, por el Dr. Pedret Casado (D. Paulino); el filosófico, por el Dr. Martínez Ruiz, por el que ahora os habla,

y, como coronación del cursillo y conmemoración del vigésimo quinto aniversario de su muerte, será expuesto en este mismo acto por el Dr. París Amador. La capacidad filosófica del Dr. París, su preparación —no obstante su juventud— y su seriedad científica, son una garantía anticipada del éxito de este acto conmemorativo.

Se notará una omisión: la exposición del pensamiento teológico. La razón es que las obras más importantes sobre esta materia están todavía inéditas.

## II. SU SIGNIFICACION FILOSOFICA

Para completar esta brevísima presentación de la personalidad de Amor Ruibal, tal vez se nos exija destaquemos la trascendencia científica de su obra. Ese ha sido precisamente el objetivo de las conferencias de este cursillo. Con todo, no resistimos la tentación de hacer unas ligerísimas indicaciones: sólo indicaciones, porque más no permite la índole de nuestro cometido.

El punto básico de la Filosofía es su concepción del hombre, en sí mismo, y en sus relaciones con el mundo circundante, con los demás.

El hombre, ser finito y perfectible, no abarca toda la realidad en el primer contacto, ni tampoco en su ser íntimo. Conoce los seres progresivamente y por facetas. En este sentido, todas las épocas añaden algo al progreso de la cultura; el error está en tomar la faceta por realidad total. En este caso, el error no está en el conocer, sino en la interpretación del conocer; no en el conocimiento directo, sino en el reflejo, en el científico.

La filosofía griega notó la distinción y contraposición del hombre con el mundo, y creyó que el hombre era sólo eso: un espec-

tador extracósmico del universo. No percibió la faceta de su relación con el mundo: de que el hombre manteniendo su personalidad ante el mundo era al mismo tiempo un elemento del mundo. La consecuencia inmediata tenía que ser un paralelismo completo entre el orden del ser y del conocer. Si el conocer no era efecto de una relación mutua entre el cognoscente y lo conocido; sino que el conocer se limitaba a reproducir, a ser espejo, el paralelismo ideal-real era obligado. Las consecuencias —aun con las atenuaciones aristotélicas al paralelismo, según hemos hecho ya notar en otras ocasiones— son de una trascendencia insospechada. Lo mismo se llega a la identidad total y al momismo más absoluto —pues hay unidad de concepto, un único concepto que abarca todas las cosas: el concepto de ser— como se llega a la fragmentación más absoluta: a no admitir relación alguna entre las cosas y sus elementos, por no haberla tampoco entre sus conceptos. Sólo las normas de la religión cristiana preservaron por siglos a los filósofos de caer en uno de los dos abismos. Con todo, no faltaron sus excepciones.

Pero, a medida que las enseñanzas del Evangelio dejaron de ser norma negativa las consecuencias brotaron, y brotaron más bien en el segundo sentido, de fragmentación. El individualismo que caracteriza la Edad Moderna tiene ahí su raíz.

Comienzos del siglo XIV. Guillermo de Ockam, basado en el principio del paralelismo —que todo lo que es distinto conceptualmente, lo es también realmente— niega las ideas universales, que equivale a negar las ideas, y esa será la consecuencia; y niega también las relaciones entre los seres; porque sería un absurdo —dice— que el universal fuese objetivamente separable del singular, y la relación, de su fundamento. Negadas las ideas, hay que negar la inteligencia y el alma. El empirismo y el materialismo están a un paso, y ese paso será dado.

El individualismo absoluto es una consecuencia de la negación de las relaciones. El hombre, sin relación con el mundo, se queda aislado, a solas con sus ideas. El racionalismo y el idealismo, lo mismo que el mecanicismo, son consecuencias lógicas; como también lo es el ateísmo, al negar toda relación, toda religación en el hombre y en las cosas.

La sociedad se basa en relaciones. Negadas éstas, queda aquélla sin fundamento. El Protestantismo es el individualismo aplicado a la sociedad religiosa cristiana, a la Iglesia; el liberalismo es el individualismo aplicado a la sociedad civil. Centrismos exagerados, y separatismos, serán también oscilaciones lógicas del individualismo, pues ya decían los antiguos que los contrarios pertenecen al mismo género; y, en fin, fragmentación de toda la vida social, y de todo; aislamiento absoluto; conversión del universo en pluriverso.

Una reacción contraria se produce con el existencialismo. El hombre no es un ser aislado, desvinculado; sino que es un ser inmerso en el medio circundante y cambiante; el hombre es el "Dasein", según la expresión del máximo representante de esta tendencia.

Es cierto, el hombre es un "Dasein"; es eso, pero no es sólo eso; es un ser en relación, pero al mismo tiempo un ser individual y personal; sujeto al espacio y al tiempo, pero también por encima del espacio y del tiempo. El hombre, en un ser físico y psíquico sensitivo, está sujeto al espacio y al tiempo, pero ni su pensamiento, ni su voluntad necesitan recorrer espacios para trasladarse, ni hay obstáculos que puedan interponerse entre ellos y su objeto; y tardan lo mismo en dirigirse a un objeto inmediato que al infinitamente distante: las leyes del espacio y del tiempo no rigen, al menos directamente, para el psiquismo humano superior.

La filosofía anterior salvaba al hombre como individuo, pero

no como ente social; lo salvaba en su aspecto absoluto y personal, pero no en su aspecto relativo. El existencialismo lo salva en su aspecto relativo, pero no en su aspecto absoluto e individual; y ninguna de estas filosofías lo salva en su aspecto trascendente.

Ambas tienen razón en sus afirmaciones; ninguna, en su exclusivismo. Toman lo parcial por total: el aspecto por la totalidad del ser. Ambas mutilan al hombre.

Amor Ruibal toma como base de su sistema la relación mutua entre los seres; pero, en su sistema, esta relación o correlación no anula la individualidad; al contrario, en su concepción, ambos aspectos se exigen mutuamente y se afianzan. Individualidad y relación son dos dimensiones esenciales de las cosas y, en concreto, del hombre. Y gracias a esta doble dimensión esencial, el universo es pluralidad y es unidad.

Es lo que sucede en el orden sobrenatural (la comparación es nuestra): el hombre dentro de la Iglesia es individuo, es persona. Todo es medio para él; él no es medio, es fin inmediato. Los medios de santificación, todo, en la Iglesia dice relación al hombre, todo es para el hombre: "Sacramenta propter homines" es una frase ya consagrada. El hombre se salva o se condena él, personalmente. Pero, sin embargo, no puede salvarse más que como miembro de la Iglesia. He aquí su aspecto social, su aspecto relativo en el orden sobrenatural. Y gracias a este aspecto relativo, a que es miembro de un todo, se beneficia de los bienes del todo; y los bienes de los demás, por beneficiar al todo, lo benefician también a él. He aquí el fundamento de la comunión de los santos.

La correspondencia entre el orden sobrenatural y el natural tiene que ser perfecta, ya que aquél es elevación, no destrucción de éste. Por tanto, lo que contradiga al orden sobrenatural es que antes está en oposición con el natural. La vinculación y la armonía

entre ambos órdenes está admirablemente expresada en el título de la obra de Amor *Los principios fundamentales de la Filosofía y del Dogma*. De la Filosofía (orden natural), y del Dogma (orden sobrenatural). Los *mismos* principios.

Esta doctrina amor-ruibalista de la relación mutua es fecundísima en consecuencias trascendentales. Instituciones, individuos, no son algo aislado, sin conexión con los demás, algo que no tenga nada en los demás, y los demás en ellos. Sin obstar a su personalidad, a su independencia, unos y otros son miembros de un todo. Por lo mismo, los bienes y los males de los demás, son bienes o males nuestros. Y porque lo de unos nos afecta a todos, no podemos mostrarnos indiferentes. Los valores de un centro, de una institución son valores que interesan a todas las instituciones, pues todos se complementan, como miembros, como partes de un todo.

Así lo entendisteis vosotros, universitarios, al tomar la iniciativa de honrar la memoria de Amor Ruibal. Seguramente vosotros no sabíais que Amor Ruibal es tan vuestro como nuestro, ya que, camino de Roma —a ampliar estudios— se detuvo unos días en la Ciudad Condal para hacer la carrera de Filosofía. Pero vosotros no tuvisteis esto en cuenta: sino sólo que era un valor, y que por serlo, era de todos.

LA FILOSOFIA DE LA NATURALEZA  
EN AMOR RUIBAL

POR

CARLOS PARIS

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



Excelentísimo y Magnífico Señor Rector, Muy Ilustre Señor Rector del Seminario Compostelano, Ilustres Claustros Profesorales, Señoras y Señores:

El acto que estamos viviendo encierra para todos un evidente significado emocional, por recordar una figura tan excelsa como la de Amor Ruibal, pero para mí, personalísimamente, contiene esta conferencia, además, un sentido especialmente íntimo por una contingencia histórica. La conferencia que voy a pronunciar había sido anteriormente anunciada para la fecha de 29 de marzo, y hubo de ser suspendida por una disposición de la Providencia que hizo que unas horas después de aquellas en que había de ser realizada falleciera mi mujer. Séame lícito, pues, en estos momentos el exteriorizar este sentimiento, que probablemente estará también en el ánimo de más de uno de los que me escuchan, e invocar aquí no sólo su recuerdo, sino su presencia, su colaboración y su unidad, antes físicas y hoy día aún más reales, si cabe, cristianamente por la fe.

Este acto en el cual nos encontramos hermana la acción y el pensamiento en dos de sus reductos más puros. El pensamiento por recoger su producto más elevado, lo filosófico, en una obra de

la altura de la de Amor Ruibal. Y la acción también en una de sus dimensiones más propias y bellas, en la de la justicia, ya que aquí estamos realizando un acto estricto de justicia. Aquí recogemos, así, los singulares valores de la acción, cuando ésta se dedica a distribuir lo que entre los hombres existe, sean los meros bienes materiales o el calor de la admiración y el homenaje. Y es que ahora no sólo vamos a tener el gozo de meditar sobre Amor Ruibal, sino que, desde el momento en que este solemne acto fué convocado, empezamos a cumplir un deber elementalísimo de justicia. El deber que la cultura española genéricamente, y directísimamente los hombres que en Santiago nos dedicamos a ella, tenemos hacia una figura como la de Amor Ruibal.

Y esta hermosa cita de los valores de la justicia y de la verdad, no puede por menos de recordarme cómo también aparecieron entrañablemente vinculados en los momentos estelares de la primera gran etapa cumplida por la filosofía occidental, en la filosofía griega. Valores encarnados en íntima unidad en la figura de Sócrates, maestro de verdad y de justicia. Valores tan expresivamente hermanados en la República platónica, cuya metafísica aparece inscrita en una meditación soñadora de la ciudad justa.

## I LA PERSONALIDAD DE AMOR RUIBAL

Ciertamente Amor Ruibal aparece en nuestros días como la obra máxima de la investigación filosófica española, desde el punto de vista técnico. Es verdad que, a Dios gracias, la filosofía española ha entrado en nuestro siglo en un período de madurez y de producción fructífera. En el orden del pensamiento internacional podemos alinear en primera fila algunos de nuestros nombres,

que han sabido decir su palabra filosófica en español. Ahí está la obra de Unamuno, la de Ortega, la de Amor Ruibal. Y ante nosotros la especulación hoy vigente, con figuras como la de Javier Zubiri, con hombres de un dominio y una técnica depurados, como el Padre Santiago Ramírez, y tampoco olvidemos un meritorio investigador de lo lógico, hace ya algunos lustros, Gómez Izquierdo. Dentro de esta serie de egregias figuras surge la de Amor Ruibal, exhibiendo como característica bien señalada la de haber cumplido una labor auténticamente creadora, con la forjación de un sistema propio, apoyado en un peculiarísimo y riguroso trabajo técnico, de cara a la historia de la filosofía. En la obra de Amor Ruibal la filosofía es abordada de una manera descarada, totalmente libre de intromisiones literarias o ensayísticas. La filosofía de Amor Ruibal es una filosofía técnica, escueta, dura, que se yergue en las cumbres más propias de lo filosófico, en desnudez áspera, si se quiere, pero en el aire de mayor pureza filosófica también. Es, pues, totalmente injusta esta postergación de la obra de Amor Ruibal, en un ambiente en que el ditirambo se ha prodigado muchas veces de manera tan desmesurada. Solamente una evidente falta de equilibrio crítico, la verdadera piratería intelectual ejercida por algunos, explican que entre nosotros hayan podido vivir una obra de esta altura en situación casi de desconocimiento.

Y, desbordando el ámbito de lo español, en verdad que en el seno del pensamiento católico internacional muy difícilmente poder encontrar algo comparable a la obra de Amor Ruibal, como revisión en una hondura y rigor impresionante del pensamiento cristiano desde las técnicas creadas por la investigación histórica y filológica moderna.

Si examinamos las aportaciones de la obra de Amor Ruibal encontraremos que éstas se sitúan en las siguientes dimensiones:

En primer lugar, incorporación de un método histórico-crítico sobre la evolución de los conceptos filosóficos, cumplido con una perfección asombrosa. Este método es aplicado por Amor Ruibal con una última intención de fundamentación teológica. Para él los "Problemas fundamentales de la filosofía y del dogma", constituyen una investigación propedéutica a una estricta creación teológica.

Así, Amor Ruibal pone las técnicas de la filosofía y la historia, saberes en que era maestro, al servicio de la meditación filosófica. Antes de plantear doctrinalmente un problema lo toma desde su origen, a través de las fuentes y lo va repensando. Es así cómo a lo largo de la crítica de la recepción medieval de lo helénico, llegando a los seis primeros tomos de los Problemas fundamentales encontramos la definición de una serie de posiciones ante la filosofía del pasado. Es verdad que domina en Amor Ruibal una peculiar tendencia polémica, la cual no escapa a la primera inspección del lector, tendencia polémica que lastra, de alguna manera, el equilibrio crítico de Amor Ruibal, pero que exhibe una agudeza admirable, testimoniando además, el vigor y la seguridad creadoras de su intelecto.

La idea fundamental de Amor Ruibal desde el punto de vista histórico es que la escolástica recibe un mundo conceptual del pensamiento griego, ajeno a las exigencias interiores del cristianismo, el cual lastrará las posibilidades de creación de un pensamiento cristiano prístino, moldeado sobre sus propios impulsos. Amor Ruibal aplica su riguroso trabajo sobre el pensamiento griego a la conclusión que hemos indicado. En algunos momentos la captación amor-ruibalista de la filosofía griega es peculiarmente lúcida, cuando habla de la idea de Dios, por ejemplo, o de la concien-

cia moral. Atisbos inferiores han asegurado el renombre y la situación en el campo de la investigación a otras figuras.

En esta revisión del pensamiento cristiano aparece una crítica muy peculiar del realismo moderado escolástico. Amor Ruibal señala cómo en el fondo del realismo moderado siguen viviendo las intenciones últimas del platonismo, a las cuales responde la visión esencialista de las sustancias primeras. Y, en tal modo, entiende que este platonismo vicia radicalmente las posibilidades de constitución de un pensamiento genuinamente original en el cristianismo, desembocando a la postre, en las logomaquias que la decadencia muestra. Así Amor Ruibal se define frente a los diferentes sistematismos que en el seno de la escolástica encontramos. Frente al tomismo, al escotismo, al mismo suarismo. También frente al agustinismo en el ámbito de la Patrística. Existen en ellos elementos bien valiosos, pero grandemente tarados por la recepción de elementos inadecuados.

En toda esta parte, también, se va trabajando sobre el pensamiento árabe y algunos aspectos del pensamiento oriental. La investigación de la aportación amor-ruibalista en estos órdenes debe ser objeto de detenidos trabajos monográficos, los cuales permitan apreciar lo que hay exactamente logrado y lo que queda en intuiciones insuficientemente perfiladas, o en ideas de fundamentación incompleta. La posición del pensamiento hebreo es también examinada, para subrayar en ella una espontánea actitud operativo-práctica, que dificulta su lectura por nuestras mentalidades teóricas. Esto se aplica a la idea de la creación y a la misma idea de Dios.

Las posiciones crítico-históricas van dibujando ya los perfiles de un pensamiento original, se va presintiendo en toda esta parte el aleteo de la sistemática amor-ruibalista. Allí en donde ésta apa-

rece desnudamente es en los últimos tomos de los Problemas fundamentales, tomos aparecidos después de la muerte de Amor Ruibal, lo cual perjudica algo su presentación y recomienda inclusive un nuevo estudio antes de una reedición definitiva. Pero, por encima de esta leve consideración, asistimos a la presencia de un sistema filosófico plenamente original, el cual se tiende, como toda gran filosofía, desde las fronteras de lo metafísico hasta el terreno de la problemática gnoseológica y lógica, hasta el dominio de la epistemología y la filosofía de la naturaleza, que hoy nos van a ocupar.

## II EL SISTEMA DE AMOR RUIBAL

Se trata de un pensamiento sistemático, es decir, montado sobre un fondo unitario. Esta unidad, como hace unos momentos nos recordaba el Dr. Ferro Couselo, está centrada en la idea de relación. Es la idea de relación la clave del pensamiento amor-ruibalista, entendida tal idea como expresión de una relatividad ontológica, completamente distante de lo que la apelación de relativismo podría sugerir.

Desde esta relatividad ontológica, referida a la relación sujeto-cosa se trata de superar el problema del mundo exterior, la batallona polémica idealismo y realismo, vigente a lo largo de la época moderna y que Amor Ruibal otea a inédita luz. Observemos que la tendencia a considerar esta controversia como inicialmente viciada en su planteamiento moderno, es característica no sólo de Amor Ruibal, sino de todo el pensamiento de nuestro tiempo. El hombre aparece radicalmente inserto en el mundo, dándose una relatividad existencia humana-mundo, dato inicial del filosofar. Así, para Hei-

degger el viejo problema ha de ser superado inicialmente por la analítica existencial. Así, para Ortega el idealismo había atendido exclusivamente al yo, el realismo a la cosa, la realidad radical es la relación yo-circunstancia. Amor Ruibal, desde su compostelanismo y su temática propia revisora de la tradición cristiana, nos aparece situado en lo más típico del pensamiento actual, insertando de tal modo lo real trascendente en el seno del conocimiento mismo.

También encontramos en Amor Ruibal una solución original al problema de los universales, una concepción nueva de la lógica centrada en una valorización peculiar del juicio. Y, también, precisamente aquí, la lógica moderna ha insistido en el papel cardinal de lo judicial, frente a las posiciones que veían el juicio como mero proceso ulterior, desde una prioridad de lo conceptual. Para Amor Ruibal es el juicio el momento fundamental del pensamiento humano, el concepto es algo aislable idealmente del juicio, pero su vida real se da exclusivamente en el seno de la entidad judicial.

Hay un párrafo especialmente expresivo, en el cual Amor Ruibal nos trasmite eficazmente la médula de su relativismo ontológico: "Todos los seres creados —nos dice el filósofo compostelano— realizan no sólo la entidad individual por la que se distinguen de los demás, sino también la colectiva de la naturaleza, eslabonados íntimamente en virtud de relaciones que van más allá de lo que constituye la forma peculiar de los entes singulares, y que son tan necesarias para integrar las unidades superiores hasta la unidad total del universo, como los elementos primarios en relación que originan las unidades entitativas de cada cosa singular. Estas relaciones son como una extensión natural de las que van envueltas en los factores relativos de los seres, y que hacen la adecuada inteligibilidad de los mismos. Las obras de la creación —aquí apa-

rece una metáfora muy típica y expresiva— son páginas de un inmenso libro, donde unas se suman a las otras, para dar la totalidad de su sentido; mientras cada una de ellas puede reducirse a elementos inferiores, como las líneas de una página o las palabras de una línea, perdiendo entonces su significación determinada, a medida que se aislan de sus relaciones con el todo, para volver luego a adquirir aquélla, en virtud del todo en que entran como elemento integrante y de pura relatividad”. Vemos, pues, como la concepción del ser se inscribe en un totalismo, desde el cual se desarrolla el concepto de relación, como núcleo categorial decisivo. “Así, es siempre el *todo* lo que da el ser formal, y la inteligibilidad a los elementos parciales, que por consiguiente dicen relación a él, tan real e intrínsecamente como intrínseca y realmente cada ser es lo que es en virtud de los factores de que consta”, continúa el mismo Amor Ruibal.

Desde aquí, se llega a una profunda revisión de los conceptos fundamentales de la Ontología. El ente es designado como “noción”. La categoría de “noción” juega un papel fundamental en la concepción amor-ruibalista, como expresión de los elementos primarios del conocimiento aparentes en su análisis, y en cuya combinación la tarea de éste consiste. También los trascendentales son seriamente renovados. Vuelve a aparecer la importancia de la idea de relación, como uno de los aspectos trascendentales de ser. Y, otra vez, no podemos por menos de subrayar el modo en que el pensamiento amor-ruibalista incide en la peculiaridad del pensamiento moderno, con la concepción del ser como relatividad, a diferencia de la antigua intelección inseista o perseista, aspecto en que tanto Ortega como Heidegger han insistido. La idea de sustancia, como en seguida veremos, es objeto de detenida reelaboración, así como la idea de causalidad.

Todo este pensamiento aparece dotado de peculiar coherencia sistemática y definitivamente ordenado a una inédita iluminación de la teología. Amor Ruibal entiende que la tarea teológica actual requiere esta propedéutica histórico-crítica y especulativa, que hemos señalado.

### III LA FILOSOFIA DE LA NATURALEZA. LA IDEA DE SUBSTANCIA

Vamos a ocuparnos —después de estas veloces reflexiones, que no pretendían constituir sino una rápida introducción para situar las ideas de Amor Ruibal— de lo que constituye su filosofía de la naturaleza. Esta filosofía de la naturaleza está desarrollada especialmente en el tomo X de sus Problemas Fundamentales, pero ya en los anteriores se van apuntando algunos conceptos básicos, como cuando Amor Ruibal investiga la idea de sustancia. La revisión de la idea de sustancia, en efecto, es una de las claves para la comprensión amor-ruibalista de lo cosmológico y uno de los valores más propios de su aportación en este orden.

Examinando, ahora, la investigación realizada por Amor Ruibal sobre el concepto de sustancia, encontramos un sostenimiento de sus aspectos fundamentales, como expresión de la ideología que domina nuestro existir cotidiano, como concepto espontáneo del hombre, pero, al mismo tiempo, una profunda reelaboración de los términos en que esta categoría cotidiana es desarrollada en los dominios de la especulación filosófica por el pensamiento tradicional. Inclusive Amor Ruibal va a aproximar más el concepto de sustancia a nuestra espontaneidad conceptual, para después

explotarlo desde los puntos de vista de su pensamiento relacionista.

En el orden de separación de la elaboración clásica, encontramos en Amor Ruibal una crítica aguda de la distinción aristotélica del accidente y la sustancia, distinción entendida por el pensamiento escolástico más típico en términos de realidad, como una diversidad real. Esta "distinctio realis" es impugnada por Amor Ruibal. A lo largo de su crítica indica cómo por aquí se llega a un "tipo absoluto" de sustancia y accidente, que entiende radicalmente equivocado.

La doctrina propia de Amor Ruibal sobre la sustancia, se inicia por la reflexión sobre el proceso psicológico de su génesis. La idea de sustancia se presenta de un modo inmediato. La inmediatez es la primera gran característica que se inscribe en la concepción ruibalista de la sustancia, invirtiendo los términos en que el tema suele ser considerado por la escolástica, para la cual la sustancia es sensible "per accidens", siendo el elemento inmediato los accidentes. Para Amor Ruibal, al revés, en primer lugar se nos da la cosa como tal, ésta constituye el primer dato, siendo los accidentes conocidos ulteriormente por un proceso de construcción y derivación. Es evidentemente interesante esta inversión, la cual nos explicaría, de un modo peculiar, la fuerza ante el pensamiento humano de la idea de sustancia; de la cual éste no puede desvincularse a pesar de los esfuerzos de huida realizados en repetidas ocasiones. Determinando en la sistemática kantiana, por ejemplo, la conocida aporía relativa a la existencia de la cosa en sí, en realidad incognoscible en su misma existencialidad, por ser ésta en definitiva una categoría. La explicación de esta situación habría que buscarla desde Amor Ruibal por el carácter que pre-

senta la idea de cosa en sí como "primum cognitum", presentación inmediata de la idea de sustancia ante el pensamiento humano.

La sustancia y el accidente, por otra parte, no son para Amor Ruibal realidades diversas sino "modos" del ente. Surge aquí la concepción que el filósofo compostelano se forma de la idea de modo. El modo representa para él el diverso ángulo de consideración de un ente; ángulo de consideración, es decir, no algo absoluto. Siempre el concepto de modo implica una relación, referencia a un cierto término. Cuando la relación es considerada en su fundamento, en sus elementos constitutivos, en su propio ser, entonces se presenta el modo sustancial. Cuando la relación, en cambio, es considerada exteriormente, "ad extra", entonces asistimos a la formación del accidente.

Los accidentes constituyen, según esto, pluralidad en cuanto cabe otear la sustancia desde diferentes términos, desde varios puntos de vista. Vemos, pues, otra vez, como la concepción de la sustancia y el accidente es dominada por una última intención de relatividad. Relatividad "ad intra", constituyendo la sustancia; relatividad "ad extra", constituyendo el accidente. Relatividad que cristaliza, también, en nuestro conocimiento del accidente en cuanto se da como relación a nuestros órganos sensoriales; y que determinan otros posibles atributos o predicados cosmológicos, en cuanto consideremos la posición del ser en la totalidad del universo.

El tema de la racionalidad de la sustancia ha de ser ganado desde las posiciones que hemos conquistado hasta ahora: la sustancia es definible en cuanto recogemos noéticamente esta relatividad que la constituye. No es la sustancia definible como una esencia absoluta, lo cual requeriría un proceso de intuición. La sustancia es definible gracias a la relatividad que la engendra. También la gnoseología de Amor Ruibal es una gnoseología relacionista. En

el análisis de los procesos de conocimiento, venimos a parar a unos sustratos primarios los cuales son las "nociones" en la terminología de Amor Ruibal. Y tal relatividad referida a la constitución de la sustancia es la que faculta su cognoscibilidad.

La sustancia es definida, de este modo, por Amor Ruibal como "la permanencia de relaciones en un ser, que dan su existencia como absoluta. O sea una existencia absoluta determinada por relaciones permanentes". Y, desde aquí deduce Amor Ruibal las propiedades de la sustancia, la no inherencia o razón absoluta de existencia en sí, la permanencia, la sumisión a las variaciones de accidentes.

Según decimos, la relativización o relacionismo domina el concepto de sustancia y no solamente en cuanto a la definición de la sustancia como algo peculiarmente relativo, sino también porque, para Amor Ruibal, el concepto de sustancia se puede presentar en diferentes horizontes relativos, en diversos planos de sustancialización. Así Amor Ruibal rechaza la consideración de la escolástica que niega al artefacto el carácter de sustancia. Un artefacto no es una sustancia para un escolástico, es un mero agregado "per accidens", desprovisto de sustancialidad. Para Amor Ruibal, en cambio, sí es sustancia, en cuanto representa una cosa. Y Amor Ruibal, como habíamos dicho, aproxima la idea de sustancia a la idea de cosa, descargándola de la tara de elementos ontológicos que recogía en la elaboración escolástica, y asumiéndola dentro de su relativismo, para posibilitar una agilidad insólita en el concepto de sustancia, de cara a su misma crisis en la ciencia moderna.

Las consecuencias que todo este esfuerzo especulativo pueda tener ante la dogmática teológica han sido desarrolladas, muy recientemente, por las investigaciones del Padre Delgado, eximio amor-ruibalista, en torno a la Eucaristía. El libro del Padre Del-

gado "La Eucaristía, misterio de vida", nos presenta una teología eucarística basada en esta visión de la sustancia y del accidente, coincidente, naturalmente, en lo dogmático con las ideas clásicas —desarrolladas teológicamente sobre las ideas tomistas de la sustancia y del accidente— aunque la concepción desde Amor Ruibal, desarrollada por el Padre Delgado, subraya con nueva luminosidad algunos valores de lo eucarístico, cual es el de su función nutritiva de nuestra vida espiritual, el Pan de vida.

#### IV. LA CRITICA DE LOS SISTEMAS COSMOLOGICOS

Allí donde la filosofía de la naturaleza es desarrollada de un modo más directo, sin embargo, es —según hemos dicho— en el tomo X de los "Problemas Fundamentales". Aquí aparece la cosmología de Amor Ruibal, ante todo, como una crítica de los diversos sistemas cosmológicos. Amor Ruibal clasifica, en este sentido, las diferentes filosofías de la naturaleza, en peripatética, atomista, dinámica y la que quiere sintetizar atomismo y dinamismo o atómico-dinámica. Esta clasificación no es ajena para cualquier principiante en Filosofía, pero lo que sí sorprende es la labor de revisión de estas diferentes cosmologías que Amor Ruibal va a cumplir, de una manera impresionante, a lo largo de este tomo. La crítica que realiza va a conducir al repudio de todos estos sistemas de filosofía natural. El criticismo de Amor Ruibal, como habíamos dicho al principio, adquiere, a veces, tremendas extremosidades.

Tiene que afectarnos de una manera especial la crítica verificada por el filósofo de Compostela sobre el hilemorfismo, ya que

sería en su formación el sistema de partida, dada su primera preparación. La crítica del hilemorfismo se abre por una reflexión histórica, la cual constituye su primera aportación. Según tal reflexión el hilemorfismo cosmológico de los escolásticos representa una elaboración personal, enteramente peculiar, del pensamiento de Aristóteles, que se separa de la índole genuina de éste. El hilemorfismo escolástico no corresponde al hilemorfismo de Aristóteles. Los sentidos de ambas concepciones son diversos.

Aristóteles se encuentra, así, en la línea del pensamiento socrático, en el seno de la que Amor Ruibal se complace en designar como "escuela socrática", subrayando su unidad. También en el problema de los universales, hemos tenido ocasión de comprobar como Amor Ruibal establecía la última unidad de Platón y Aristóteles, con la pervivencia de un definitivo realismo exagerado en el sistema peripatético. Esta vez se trata de la misma unidad fundamental; hay un hilemorfismo de escuela, del cual Platón y Aristóteles son sólo modulaciones, coincidentes en aspectos básicos, a gran distancia de la versión escolástica. El hilemorfismo de Platón y Aristóteles trata de resolver, en este sentido, un problema genético de nuestras ideas y un problema metafísico, que no hiere lo cosmológico propiamente tal. El problema genético que se trata de resolver es el de la existencia de lo universal en lo individual, como está el concepto universal en el individuo. El problema metafísico, a que se apunta, es el de la estabilidad y la inmutabilidad, el problema de la permanencia y del movimiento, pero —esto es esencial— dividido en un nivel metafísico, en realidad ajeno a lo estrictamente cosmológico.

Esta finura para desconectar modalidades y planos de concepción es también típica de Amor Ruibal; hemos visto como desglosaba la concepción espontánea, directa, de la sustancia y la

elaboración de la misma en la escolástica. Aquí se desconecta el hilemorfismo de Platón y Aristóteles y el sistema que, después, los escolásticos sobre Platón y Aristóteles van a desarrollar. El hilemorfismo de estos escolásticos va a conducir a una serie de problemas carentes, según Amor Ruibal, de sentido. En efecto, para él, tanto Platón como Aristóteles parten de la idea de materia como algo dado, el concepto de materia es algo previo a su especulación. No se interesan directamente por la esencia de la materia, y por ello su pensamiento no es propiamente cosmológico. Recibiendo la idea de materia tratan, sobre ella, de explicar el problema del movimiento, en cuanto tema metafísico, o el problema de los universales, como cuestión noética. Los escolásticos, por el contrario, radicalizan la cuestión y se preguntan por la esencia de la materia, tratando de llevar el hilemorfismo, el dualismo de materia y forma, hasta la esencia misma de lo material. Crean así unos conceptos últimos de materia y forma que van a perder todo sentido, según Amor Ruibal se esfuerza por mostrar.

Este esfuerzo crítico, preñado ciertamente de problemas, representa ya una interesante aportación, en cuanto problematización de la relación hilemorfismo escolástico, hilemorfismo aristotélico. La investigación neopositivista, por otra parte, no ha acostumbrado a la inquisición sobre el "sentido" de los problemas, la cual alienta en toda la temática presentada aquí por Amor Ruibal. Además, esta visión del hilemorfismo cosmológico de la escolástica desembocará en su crítica sistemática. Y Amor Ruibal se esforzará por subrayar como el hilemorfismo construido por los escolásticos pugna con los sistemas atómico y dinámico, la cual no ocurría con el hilemorfismo puro de Platón y Aristóteles. Ahora bien, bajo este esfuerzo de desconexión se nos va descubriendo una curiosa posibilidad, palpitante inconscientemente en la obra de Amor

Ruibal, la construcción de un hilemorfismo inédito, posibilitado por esta misma forma en que los conceptos hilemórficos han sido hechos ágiles, gracias a su desconexión y relativización.

La crítica sistemática del hilemorfismo es verdaderamente aguda. En primer lugar —dice Amor Ruibal— el hilemorfismo es incompatible con la ciencia moderna. La conceptualización hilemorfista sumerge todo el pensamiento cosmológico en un ambiente de irracionalidad, de puro verbalismo, en que el explicar se verifica a través de pseudo explicaciones. Todo habría que explicarlo, afirma Amor Ruibal, por mecanismos de corrupción y generación, por el “apetito de forma” de que nos hablan los escolásticos. Conceptos fundamentalmente irracionales, puramente verbales, ineptos para explicar el devenir que existe en el universo. Esta ineptitud está determinada, centralmente, por el hecho de su incompatibilidad con la pervivencia de los elementos en el compuesto. Ahora bien, tal pervivencia de los elementos en el compuesto es, precisamente, la clave de que se ha valido la ciencia moderna desde la química clásica en el siglo XVIII, para tratar de hacer inteligibles los procesos químicos. La pervivencia material de los elementos atómicos, en el seno de la combinación formada, da razón, ulteriormente, de las propiedades del compuesto y de sus posibilidades en la reacción química. Pero todo esto tiene que ser sustituido, como indica Amor Ruibal, por un mecanismo de corrupción y generación, en el cual no quedaría nada de los elementos componentes; no siendo posible la pervivencia del elemento y, en consecuencia, el conato de racionalización introducido por la química moderna.

Amor Ruibal, en algún pasaje, se muestra levemente irónico: “sería curioso ver traducida toda la química y explicadas sus leyes por medio de la teoría peripatética. La transformación hubiera sido completa y la química convertiríase en una ciencia inverosímil, en

donde todo aparecería velado por el misterio de forma y materia, que apenas hubiera permitido apreciar las leyes que hoy rigen en dicha ciencia". Estos mecanismos de corrupción y generación, este recurso del apetito de las formas son, como venimos diciendo, realmente designaciones terminológicas, no procedimientos de comprensión que calen en la esencia de los fenómenos.

Bien es verdad que esta pervivencia de los elementos en el compuesto tiene que ser matizada y revisada por la ciencia actual. Bien es verdad que hoy sabemos perfectamente, como la situación de un electrón dentro de un edificio atómico no es comparable a su estado como elemento aislado. Y como, precisamente, el intento de pensar en términos actualistas la situación del electrón en la órbita envolvente del núcleo atómico hizo surgir las dificultades que determinaron el fracaso del modelo atómico de Bohr; conduciendo después a la renuncia de las representaciones mecánicas —que la química y la física clásica habían extremado— en la física actual. Ciertamente el pensamiento científico clásico había desorbitado el actualismo en la pervivencia del elemento en el seno del compuesto, llegando a la negación de todo tipo de transformación sustancial. Pero el hilemorfismo había incurrido en el vicio contrario, más grave desde el punto de vista explicativo, al eliminar la pervivencia del elemento en el seno del compuesto, sumiendo todo el proceso de transformación en una irracionalidad plena. El compuesto se convierte en un verdadero misterio, designado por la entidad de la forma sustancial, que constituye un simple nombre.

Pero el ataque crítico de Amor Ruibal aun llega más lejos; no solamente el hilemorfismo pugna con el espíritu de la ciencia moderna, no solamente constituye un recurso asentado en lo irracional y verbalista, sino que además el hilemorfismo es conceptualmente arbitrario. Afirma Amor Ruibal que tal sistema presupone

sin justificar la identidad de la materia. Es verdad, no obstante, a pesar de la objeción amor-ruibalista, que algunas investigaciones, así la monografía de Konzewska, han subrayado como esta intuición de la unidad de lo material ha impulsado la ciencia moderna, y ha encontrado, después, desde la radioactividad singular confirmación experimental, lo que sólo fué atisbo teórico. Para Amor Ruibal se trata, sin embargo, desde un punto de vista sistemático, de un presupuesto apriorista y arbitrario.

Aun más, también en la misma línea de análisis conceptual, la construcción hilemórfica aparece como contradictoria. Dice Amor Ruibal, que la esencial indiferencia de la materia pugna con la idea del apetito natural, que encontramos en la misma cosmología.

La consideración biológica, por su parte, arroja una serie de poderosas dificultades contra el hilemorfismo, situadas en la misma línea de eliminación de los elementos dentro del compuesto. Por ejemplo, el fenómeno de la nutrición se hace totalmente inexplicable, si, en el momento en que la sustancia nutritiva pasa al organismo, desaparece absolutamente su característica entidad y propiedades. Es decir, al conservarse sólo el elemento de la materia prima, desnudo de toda determinación, no se concibe la razón de la diferente actuación de las sustancias nutritivas, con arreglo a las propiedades específicas de cada una, según la experiencia testimonial.

Y, finalmente, en el mismo orden del pensamiento teológico, a cuyo servicio debería estar en el grado máximo, el hilemorfismo, suscita graves aporías de superación bien difícil. Dos ilustraciones ingeniosas de Amor Ruibal en este sentido se refieren a las reliquias de los Santos, una de ellas, y a la Eucaristía, la otra. Arguye Amor Ruibal cómo en las reliquias de los Santos, una vez separada con la muerte el alma, la cual les prestaba su entidad como forma

sustancial, lo que queda carece de unidad propia con aquello que era anteriormente a la separación del alma. No se conserva más continuidad que la de la materia prima. Entonces, ¿cómo explicar la veneración de dichas reliquias?

En el caso de la Eucaristía hace hincapié Amor Ruibal en el modo cómo por las palabras de la Consagración sólo el cuerpo de Cristo se hace presente, viniendo a estarlo el alma por concomitancia. Pero, "si el cuerpo no es sustancialmente tal por sí mismo, sino por el alma, el alma de Jesucristo no puede estar presente por concomitancia, sino por el ser intrínseco del cuerpo, pues de lo contrario habría que admitir que el cuerpo podría ser tal, con sólo la forma sustancial concomitante". Es decir, si admitimos que el cuerpo sólo puede ser tal en virtud del alma, resulta, ahora, imposible, en la iluminación de la dogmática eucarística, invertir los términos, y tratar de comprender la presencia del alma por concomitancia con lo corporal.

Toda la meditación realizada sobre el hilemorfismo pone al vivo la hiriente agudeza del pensamiento de Amor Ruibal, cuando se desarrolla críticamente. Y, así, este criticismo no se queda en el hilemorfismo sino que se continúa con la misma acre intensidad, proyectándose sobre los restantes sistemas, atomismo, dinamismo, atomismo-dinámico. Estos sistemas son tachados de contradictorios.

La conclusión será que la materia en sí, como "tipo absoluto" es inaccesible para el hombre. En consecuencia, los sistemas cosmológicos giran en inútil pretensión deductiva. Parten de una idea de materia sensible y tratan de explicarla, suponiendo otra idea de materia racional distinta de la primera. Pero, para concebir esta materia racionalizada, que se quiere absolutizar, se ven obligados a atribuirle los predicados descubiertos en la materia sensible. Y

así inciden en un peculiar círculo vicioso del que no pueden escapar.

## V. LA IDEA DE MATERIA EN AMOR RUIBAL

Con ello, vamos llegando al pensamiento más propiamente creador de Amor Ruibal en el terreno cosmológico. Todo lo que hemos visto hasta ahora nos aparece, más que nada, como una verdadera "destrucción" de la cosmología, en la línea de los escritos "destructores" de la filosofía y los filósofos al modo de Algacel. Pero busquemos el fondo del pensamiento amor-ruibalista en realidad constituido, también en este dominio, por su visión del conocimiento. Para Amor Ruibal la materia no es desglosable de las propiedades con que se nos presenta empíricamente, particularmente de la extensión. La materia es inanalizable, constituye una noción primaria y una condición de nuestro conocer y nuestra vida, pudiéndose decir lo mismo de la extensión. Materia y extensión se presentan en Amor Ruibal como "nociones". Y amanece ante nosotros, otra vez, esta idea tan característica del pensamiento amor-ruibalista, la categoría de noción, obligándonos a detenernos brevemente en la consideración de esta aportación gnoseológica de Amor Ruibal.

Amor Ruibal entiende, según hemos visto, todo proceso racional como un fenómeno combinatorio, como un mecanismo de establecimiento de relaciones. Ahora bien, operando analíticamente sobre este proceder, descomponiendo estas relaciones, tendremos que encontrar por fuerza un término de arribada, una meta última, unos elementos los cuales ya no serán ulteriormente analizables. Estos términos culminativos, que constituyen los datos primarios del co-

nocimiento humano, con los cuales la trabazón de éste se establece, son precisamente las nociones. El intento de querer ir más allá de ellas, de superar esta situación de daticidad última del conocimiento, no hace sino llevarnos a un terreno de pseudo-problemas y aporías.

Esta concepción de Amor Ruibal nos recuerda poderosamente, aunque las intenciones ulteriores sean tan heterogéneas, la forma de considerar Ortega el conocimiento humano en su trabajo, "Ni vitalismo ni racionalismo". También aquí se establece la existencia de unos datos noéticos primarios, que Ortega presenta como el océano de irracionalidad que circunda la isla de la razón. Bien es verdad que en Ortega se echa de menos una teoría del intelecto, del saber suprarracional, ya que en él la palabra intelecto es equivalente a inferioridad noética frente a la razón; con lo cual esta limitación de lo racional se abrirá sobre un irracionalismo último, a pesar del mismo Ortega. Pero, ahora, tan sólo nos interesa subrayar esta singular coincidencia en el modo de enfrentarse con el conocimiento humano, para descubrir en él una plataforma última de daticidad, que se cumple entre Amor Ruibal y Ortega.

El estudio de estas nociones que son la materia y la extensión, realizado por Amor Ruibal, pondrá al vivo su valor ontológico en sentido realista. Amor Ruibal se esfuerza por mostrar el realismo de tales nociones, aunque la representación subjetiva, en la cual se nos dan, no exprese cualitativamente la realidad en sí misma; la representación subjetiva significa la construcción por parte del sujeto de un mundo propio, con un significado biológico.

Amor Ruibal, insiste, también, en la función psicológica de carácter primario, que tienen estas nociones, como base de la percepción en el orden intelectual y en el orden sensible. Subraya su funcionamiento en el mundo lógico y epistemológico. Sobre estos datos

primarios se construye después toda la ciencia como sistematización, tejido de relaciones. "Tiempo, movimiento, extensión, espacio, revisten, pues, para nosotros —dice el filósofo compostelano— formas absolutamente relativas, lo mismo si se toman aisladamente, que si se comparan entre sí, o se comparan con nuestras percepciones". Son bien obvias las posibilidades de una concepción del conocimiento asentada en lo relacional de cara a la epistemología, dado el peculiar valor que la relación encierra como recurso lógico propio de la ciencia moderna. La matematización de la ciencia resulta fundamentada por este análisis amor-ruibalista. Muy concretamente se llega aquí a la noción de "grandor", primaria en el orden de mensurabilidad, base para la medición de la extensión y de la materia, también del espacio y del movimiento.

Si las posibilidades temporales de esta conferencia lo permitieran, aún podríamos detenernos en la meditación amor-ruibalista sobre el problema del espacio. En ella el tema de las geometrías noeuclídeas y la teoría de la relatividad son alcanzados. La atención de Amor Ruibal se dirige, de todos modos, más hacia el aspecto epistemológico de estas conquistas científicas, que al desvelamiento de su valor cosmológico. También podría ocuparnos la antropología de Amor Ruibal, de significado bien relevante en su obra, y en la cual la revisión del hilemorfismo lleva el tema del hombre a horizontes nuevos. Pero se hace preciso señalar, como colofón, algunas posiciones críticas ante el pensamiento de Amor Ruibal.

## VI. CONCLUSION.—CRITICA

La impresión directa que llega al lector de Amor Ruibal es la de que éste ha imposibilitado la filosofía de la naturaleza. Personal-

mente me parece una impresión, aun prescindiendo de toda polémica sobre su servidumbre a la letra amor-ruibalista, excesivamente superficial. Esta impresión viene determinada por el dominio de la vertiente crítica en la obra de Amor Ruibal. Ya hemos llamado la atención sobre el sesgo peculiarmente crítico de su personalidad. Pero una utilización más equilibrada y amplia, de la aportación amor-ruibalista puede descubrir en las ideas del filósofo compostelano, insólitos valores de posibilidad creadora en el dominio de la filosofía natural. La primera parte cumplida representa el desbroce de gran cantidad de pseudo-problemas. Y, verdaderamente, una filosofía de la naturaleza actual tiene que reconocer el planteamiento muchas veces equivocado de su temática, en la tradición cosmológica. Planteamiento que condujo a peculiares aporías. El tema del sentido de los problemas cosmológicos aparece, así, en el primer plano de la investigación de la filosofía natural de nuestro tiempo. Tanto Amor Ruibal, como el neopositivismo, nos impulsan desde sus distantes posiciones a esta misma investigación. Lo que parece labor destructora puede convertirse en una recuperación más honda de la problemática cosmológica.

También Kant quiso hacer palanca sobre la aporética de lo cosmológico, para fundamentar una definitiva negación de la filosofía de la naturaleza. Pero el pensamiento actual nos ha ilustrado de una manera insólita sobre alguna de sus aporías. Así, la relativa a la finitud o ilimitación del universo. Hoy es pensable un universo a la par finito e ilimitado. La creación científica ha hecho conciliable ambas exigencias conceptuales cuya antigua oposición —establecida sobre exigencias diversas de la razón en una y la intuición en otra— lanzaba a la filosofía de la naturaleza en un callejón sin salida.

Hemos visto cómo Amor Ruibal establece una distinción entre

lo dado y lo deducible u organizable desde lo dado. Desde ella, parece acabarse en una negación de la tarea cosmológica, en cuanto ésta quisiera avanzar más allá de lo dado. Ahora bien, la visión del proceso de explicación cosmológica, como eliminación de una daticidad última, sólo puede ser quimera de un racionalismo a ultranza. La tarea explicativa en el orden de lo cosmológico no consiste sino en un proceso de ordenación conceptual. Y la filosofía de la naturaleza no es precisamente, la última iluminación de este mismo mecanismo cognoscitivo. En el fondo de nuestro conocimiento sobre lo material hemos de topar siempre con su opacidad propia, determinada por su contingencia y su potencialidad metafísica. Una filosofía de la naturaleza asentada sobre la visión contingente del cosmos no queda imposibilitada por la afirmación de esta plataforma de daticidad, aún de irracionalidad. Por el contrario constituye su adecuado presupuesto. Solamente se opondría esta situación a las pretensiones de una filosofía plenariamente racionalista, al tipo del idealismo, la cual quisiera conseguir una racionalidad definitiva, una absolutización, verdaderamente, del cosmos.

Y, aun en el orden de los conceptos cosmológicos más estrictos, señalemos, finalmente, las posibilidades creadoras a las cuales puede llegarse desde las ideas del mismo Amor Ruibal. Posibilidades determinadas por su relacionismo. Por una parte, es posible construir un concepto nuevo y más ágil de materia y forma, abierto a la percepción de diferentes horizontes de materialización y formalización. Los cuales superen la rigidez con la cual el pensamiento clásico imposibilitaba la pervivencia de los elementos en el compuesto, y, con ello, el modo de racionalidad perseguido por la ciencia en su época moderna. Pero aun más luminosamente el concepto

de sustancia construído por Amor Ruibal exhibe muy fecundas posibilidades de cara al estado de la ciencia actual.

Es bien conocido el fracaso del concepto mecanicista de sustancia, fracaso asentado no sólo en su exigencia de localización, sino en su cierre para una interpretación relacionista. Ya desde Newton surge el problema ¿cómo explicar la gravitación desde una concepción localizadora y cerrada de la sustancia material? Ante tal aporía apareció esa entidad nebulosa que se designó como la acción a distancia. Pero es que, en realidad, la entidad física no es la de la localización, sino la de la posición en un todo de relaciones. El mundo físico representa esta totalidad de relaciones y en el seno de tal totalidad se sitúan las entidades físicas. En definitiva, el mismo concepto aristotélico de materia apuntaba hacia esta universalidad que domina lo cosmológico, universalidad designada, sin embargo, aún de un modo semi-irracional. Sustituída ahora, con una pretensión conceptual más rigurosa, por la idea de una totalidad de relaciones.

Pensemos, así, el concepto físico de campo, con el cual comienza ya su crisis conceptual la idea de la representación mecánica. La idea de campo puede ser explotada por una visión relativista de la sustancia, con posibilidades muy distintas de las contenidas en una concepción localizadora y absolutizante. Y lo mismo podríamos decir de algunas conquistas de la física de nuestro siglo, como las ideas de complementaridad o el principio de exclusión de Pauli. Se trata, precisamente, en este principio, como es bien sabido, de la sustitución de una individualidad mecánica, por una individualización relativa, la atribución de cuatro números cuánticos. Es decir, la individualidad se piensa desde la relación, evidentemente matemática, según la concepción de la física actual.

Y, de esta manera, el pensamiento de Amor Ruibal, examinado

en su íntima entraña, con una visión más atenta al espíritu y a las posibilidades aleteantes, que a los rígidos perfiles de la letra, nos aparece como una poderosa inflexión en la trayectoria de un viejo pensar, el pensar escolástico. Amor Ruibal se separa del escolasticismo, pero es para retomar muchos de sus conceptos y realumbrarlos con posibilidades inéditas, con una fuerza más virginal y nueva. La crítica amor-ruibalista representa un violento fuego purificador, y de él la tradición cristiana puede resurgir vigorizada, equipada con nuevas armas. Este es el valor máximo con el cual el pensamiento de Amor Ruibal tiene que aparecer a todo auténtico filósofo, como hiriente incitación en esta tarea eterna que surge ante el hombre en las grandes madrugadas históricas, en estas auroras lívidas y nerviosas, en las cuales el pensamiento humano se apresta, otra vez, para el asalto de las posiciones perennes de la verdad, constantemente erguidas ante él.

PALABRAS FINALES

POR

LUIS LEGAZ Y LACAMBRA

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD



Ha querido la Universidad de Santiago honrar la memoria de una figura egregia del pensamiento español, que no formó en los cuadros de la docencia oficial, que fué nada más —aunque este nada más no encierra ningún sentido peyorativo— que un Profesor del Seminario compostelano, pero que es, nada menos, porque lo sigue siendo y lo será más en el futuro, uno de los pocos filósofos que en nuestro siglo puede España ofrecer al mundo. Ha sido una de esas personalidades intelectualmente vigorosas en quien su dimensión de filósofo auténtico supera a su condición de profesor de filosofía.

Los profesores de filosofía, en cuanto tales, realizan una labor no sólo lícita, sino perfectamente útil: transmitir un conocimiento formativo de la filosofía que hay, pero que ellos no están obligados, profesionalmente obligados, a hacer. Ahora bien, hay muchos profesores de filosofía que además de eso son filósofos verdaderos, hombres que toman en serio y con radicalidad el esfuerzo constitutivo y mostratorio del objeto de la filosofía y asumen la dificultad propia de ésta, y no les arredra dificultar las cosas, porque saben que la dificultad da paso a las cosas y que lo dificultoso es una condición o un supuesto del nacimiento de todo lo que tiene grandeza y magnitud.

Recordaba una vez Zubiri que, según Aristóteles, la filosofía nace de la melancolía, pero de una melancolía por exuberancia de salud, *Κατά φῆσιν*, no de la melancolía enfermiza del vicioso, *Κατά νόσον*; nace la filosofía de la melancolía, esto es, en el momento en que el hombre se siente solo en el Universo. Pero esta soledad que para Descartes implica replegarse en sí mismo y que para Hegel significa no poder salir de sí, en Aristóteles es justamente lo contrario; quien se ha sentido radicalmente sólo es quien tiene capacidad de estar radicalmente acompañado. La soledad de la existencia humana no significa romper amarras con el resto del universo y convertirse en un eremita intelectual o metafísico, sino en sentirse solo y por ello enfrentarse, y luego encontrarse con el resto del universo entero. Y decía Zubiri: esperemos que España, país de la luz y de la melancolía, se decida alguna vez a elevarse a conceptos metafísicos.

Amor Ruibal, desde este melancólico rincón del mundo que es Compostela, supo elevarse con absoluta radicalidad a los conceptos metafísicos y abrazarse a la "necedad" que es la filosofía, sobre todo para un cristiano, según la frase del Apóstol que recientemente ha recordado Heidegger con distinta intención, no exenta de un reconocimiento de la categoría altísima de la Teología, al decir que sólo tiempos como los nuestros, que no conocen el verdadero valor y dignidad de la teología pueden creer que es posible sustituir ésta o prestarla alguna eficaz ayuda con un sistema de conceptos filosóficos. Amor Ruibal creyó por el contrario que el sistema teológico no se explica ni existe sin un sistema filosófico concomitante, cuyos principios y conclusiones entran indefectiblemente en la intelección e interpretación humana de lo sobrenatural, y de esta suerte, no sólo es imposible separar totalmente la Dogmática de la filosofía, sino que es necesario que elementos capitales del orden filo-

sófico sean incluidos y formulados en la manifestación dogmática, pues los dogmas no pueden menos de tener un valor ontológico absoluto en sí, el cual ha de ser base del conocimiento humano acerca de ellos; esto es imposible sin una correlación con un sistema filosófico humano, donde aquellos dogmas se hagan de alguna manera inteligibles respecto del hombre. No es, pues, la "filosofía cristiana" para Amor Ruibal una contradicción, como para Heidegger, un "hierro de madera"; pero sí ocupa en ella una posición altamente personal, como corresponde a su auténtica dimensión filosófica y creadora, que le llevó a enfrentarse con la tradición aristotélica-escolástica, de la que dice que en puntos fundamentales es un aristotelismo contrario a Aristóteles, o con la utilización por los antiguos Padres de la Iglesia de los conceptos recibidos del platonismo o de la escuela estoica para tratar de explicar los dogmas, aunque fuesen aquellos conceptos impropios e inexactos aplicados a las verdades teológicas; pues, en estos casos, dice, no fué ciertamente la ortodoxia de los Padres la que sufrió quebranto, sino la lógica en su raciocinio, como sostenedores de doctrinas y explicaciones incompatibles con aquello mismo que se proponen explicar y defender.

Y esto también le llevó a enfrentarse con una de las más venerables tradiciones intelectuales de la filosofía cristiana usualmente recibida y que constituye la doctrina central en torno a la cual gira todo el yusnaturalismo católico. Me refiero a la idea de una ley eterna como razón o voluntad divina y cuya participación por el hombre constituye la ley natural. La teoría de la ley eterna, en efecto, aparece para Amor Ruibal como un trasunto del idealismo platónico con aplicación a los conceptos ético-jurídicos; y es expresión de la misma doctrina de Platón sobre los eternos ejemplares ideales, con sólo las modificaciones que al ejemplarismo plató-

nico imponían los principios cristianos. Y a su vez, la teoría de la ley natural como norma impresa en la naturaleza, es la misma del Derecho romano y de los estoicos, de donde fué reproducida, con sólo ajustarse al concepto cristiano del hombre y de su dependencia de Dios. La ley eterna viene así a constituirse en modelo y razón directiva de los actos y operaciones, como las ideas ejemplares en general son norma y modelo dentro de esta teoría, de las cosas existentes, no de otra suerte que el plan del artista es modelo ideal de su obra. Pero subordinado el conjunto de esta teoría de la ley al ejemplarismo divino de origen platónico, dirá Amor Ruibal, ha de participar de los inconvenientes generales a la teoría y en especial de los peculiares al sistema moral correspondiente. Ahora bien, cuando no se participa del platonismo o de la teoría ontologista en la visión de las normas fijas ideales, es imposible sostener la existencia de éstas, si no es invirtiendo el proceso y derivándolas de nuestro conocer para trasladar a Dios el fruto de nuestras ideas y las resultantes reflejas de nuestras mezquinas reconstrucciones. Dos propiedades esenciales en la ley eterna derivan del sistema platónico y son aceptadas aún por sus seguidores no platónicos: la necesidad lógica de sus elementos ideales y la inmutabilidad, con la universalidad consiguiente, de sus preceptos. Ahora bien, supuesta la subordinación y dependencia de las leyes morales respecto a Dios, no hay en esta hipótesis más necesidad lógica respecto de la Moral que la exigencia de la afirmación del ser de Dios, o sea, la no contradicción con sus perfecciones infinitas, por lo mismo que éstas son las que constituyen en fuente de todo orden de seres y de leyes. Y lo mismo se puede decir de la pretendida inmutabilidad de sus preceptos. Es que, en realidad, no hay ley eterna: ésta es una construcción de nuestra mente proyectada sobre la Divinidad. Las normas que se prefijan a la ley eterna son creación humana, subor-

dinada al modo de ser y pensar nuestro, sin otro valor que el de la teoría en que se formula. Es la mente la que creando un tipo abstracto legal ontológico, lo traslada a la Divinidad con el carácter de ley eterna; y después de efectuada esta objetivación, lo hace descender como copia del mismo tipo objetivado a la esfera de la conciencia del hombre, a través del entendimiento, que es donde ha tomado origen. Pero las ideas morales, como las de los demás órdenes, son siempre inadecuadas respecto de Dios; Dios no es justo ni injusto respecto de ninguna norma presupuesta, si bien es razón y norma de toda justicia en cuanto El le da su valor real, y en tal sentido es justo sobre toda aplicación posible del concepto de justicia finito y limitado que nosotros formamos y con el cual se intenta medirle. Lo bueno y lo malo respecto de los seres existentes en el mundo vienen subordinados a la existencia de este orden y condicionados por el mismo; y respecto de Dios, son siempre una resultante de que algo aparezca o no en contradicción con el ser de Dios, tal como en el orden moral y en el metafísico nos es dado formar concepto de El. De consiguiente, el principio de no contradicción, moderador universal del concepto del ser en el orden de lo existente y de lo posible, lo es igualmente de la realidad moral en todas sus manifestaciones y fuera de lo que este principio hace irrealizable, haciéndolo antes ininteligible, todo lo demás cae dentro de la libre ordenación de Dios, sin otros tipos ideales de moralidad que los consiguientes a los planes y órdenes de seres por El establecidos, y como tales contingentes y mudables.

La ley eterna es, pues, proyección en la Divinidad de una construcción de la mente humana; no existe, por tanto, como tal ley eterna. Para el hombre no hay ley moral anterior a la ley natural, la cual en cambio existe, pero no como expresión de un orden metafísico, porque entonces no podría ser conocida por cuantos igno-

rasen o no aceptasen el tipo metafísico de las realidades esenciales, sino como expresión del orden que aparece en la constitución física y externa del mundo, tal como podemos apreciarlo en el conocimiento relativo de medios y fines y tal como se consolida y depura en el individuo y en la sociedad a medida que se perfecciona el conocimiento de la realidad divina, de la realidad humana y de la realidad cósmica.

Los iniciados en estos temas, comprenderán la originalidad de esta posición, que aquí queda esbozada, y las posibilidades que abre en el ámbito de la Filosofía del Derecho y en el terreno de una ética concreta y existencial, que, sin embargo, elude de antemano, por su sentido cristiano, los extravíos de la *moral de la situación*, condenados recientemente por el Pontífice.

Está, pues, justificado el homenaje que la Universidad tributa a este auténticamente insigne filósofo español, figura universal y trascendente a todo localismo, por mucho que la anécdota de su vida estuviese vinculada a Compostela. Es preciso que este homenaje no quede limitado a unas palabras que lleva el viento. Hasta donde nuestra posibilidad lo alcance, la Universidad seguirá prestando su patrocinio al mejor conocimiento de Amor Ruibal. Un volumen de estudios en su honor y la edición de su obra total cristalizarán en el futuro, la permanencia del homenaje. Hacer realidad estos proyectos, o ayudar a que lo sean, es mi ofrecimiento, que desde ahora considero como un compromiso de honor.









IMPRESA MORET - LA CORUÑA

P  
2



PB  
184

Biblioteca